

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

## **Lógicas Prácticas en el Proceso de Construcción de la Masculinidad de los Hombres Valencianos: Calle, Riesgo, Fútbol y Arca**

Joan Sanfélix Albelda & Anastasia Téllez Infantes<sup>1</sup>

1) Universidad Miguel Hernández, Spain

Date of publication: June 21<sup>st</sup>, 2017

Edition period: June 2017 - October 2017

---

**To cite this article:** Sanfélix Albelda, J., & Téllez Infantes, A. (2017). Lógicas Prácticas en el Proceso de Construcción de la Masculinidad de los Hombres Valencianos: Calle, Riesgo, Fútbol y Arca. *Masculinities and Social Change*, 6(2),96-118.

**To link this article:** <http://doi.org/10.17583/MCS.2017.1937>

---

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License \(CC-BY\)](#).

# Lógicas Prácticas en el Proceso de Construcción de la Masculinidad de los Hombres Valencianos: Calle, Riesgo, Fútbol y *Arca*

Joan Sanfélix Albelda

Anastasia Téllez Infantes

*Universidad Miguel Hernández*

*Universidad Miguel Hernández*

## **Resumen**

---

Este artículo analiza desde una perspectiva socioantropológica las prácticas en la construcción de la identidad masculina de los hombres valencianos. A través del análisis de los discursos de las entrevistas biográficas y la observación sistemática de espacios productores de masculinidad, el texto trata de profundizar en las realidades recurrentes que ayudan a entender cómo construimos la masculinidad socioculturalmente durante la infancia y la adolescencia.

---

**Palabras clave:** Masculinidad, Fútbol, Riesgo, Arca, Ritual.



# Logic Practices in the Process of Construction of Masculinity of Valencian Men: Street, Risk, Football and *Ark*

Joan Sanfélix Albelda

Anastasia Téllez Infantes

*Universidad Miguel Hernández*

*Universidad Miguel Hernández*

## **Abstract**

---

This paper analyzes from a socio-anthropological perspective the practices in the construction of masculine identity of the Valencian men. Through discourse analysis from biographical interviews and systematic observation of masculinity spaces, this text explores recurring realities that help us understand how we build socioculturally the masculinity during childhood and adolescence.

---

**Key words:** Masculinity, Football, Risk, Arca, Ritual.





**E**ste artículo se centra en las lógicas en la construcción de la identidad de género de los hombres valencianos a través del análisis discursivo y etnográfico de sus prácticas de masculinidad, pues se pretenden mostrar aquellas lógicas masculinas que permiten a los chicos a lo largo de la primera parte de su trayectoria vital convertirse en “hombres” a ojos de la sociedad y sobre todo de su grupo de iguales.

Como destaca el título, existen una serie de lo que se han denominado “lógicas prácticas” pero que son fundamentalmente espacios, locus, donde la masculinidad tradicional-hegemónica es reproducida. Estos lugares siempre son públicos, más allá de los muros del hogar, es decir, lo que metafóricamente llamamos calle, pero que representa al conjunto del espacio público, el espacio de la visibilidad y de la exhibición, de la lucha y apropiación de los recursos materiales y simbólicos. Además, estos lugares, y sus correspondientes prácticas acostumbran a estar caracterizados por el riesgo, elemento constante en la perpetua exigencia de demostración de una virilidad continuamente puesta en duda y nunca alcanzada definitivamente.

A través de un recorrido por los discursos y las prácticas de los hombres valencianos, se presentan una serie de realidades que con frecuencia están tan asumidas que pasan desapercibidas. Forman parte de ese orden normal de las cosas, paradoja de la doxa (Bourdieu, 2007, p.11) imperceptible a veces para la consciencia en tanto que es práctica social normalizada y hecha cuerpo.

A partir del trabajo de campo cualitativo-etnográfico desarrollado se propone un análisis que plantea las significaciones socioantropológicas de estas lógicas tan presentes todavía en nuestras sociedades y garantes de la reproducción de una masculinidad, que, paradójicamente podría estar en proceso de obsolescencia (Subirats, 2013).

### **La Calle es de los Chicos**

Cuando a los hombres se les cuestiona sobre sus recuerdos de infancia y adolescencia, especialmente a aquéllos mayores de sesenta años, la mayor parte de éstos se presentan borrosos en sus palabras. Sin embargo, a través de las entrevistas biográficas<sup>1</sup> se pueden conseguir en muchas ocasiones una mayor profundización en aspectos que resultan particularmente interesantes, como pueden ser los espacios y las prácticas que determinan

durante esas edades tempranas el proceso de construcción sociocultural de la masculinidad.

Si algo queda claro en los discursos de los entrevistados y podría casi funcionar como un tipo ideal del hombre valenciano<sup>2</sup> de las últimas décadas es que en esos primeros años de vida éste se rodea de otros iguales en la calle y desarrolla actividades vinculadas con la fuerza, la competitividad, la destreza, la independencia y la voluntad de asumir riesgo fundamentalmente.

Uno de los hombres participantes en la investigación habla del concepto valenciano de “Fer arca”, lo que se denominará para el análisis “arca”<sup>3</sup> y que queda perfectamente descrito en las palabras que se leen a continuación retratando una práctica de masculinidad muy sugerente por su significación:

Pero en el pueblo hacíamos “arca”. ¿Sabes lo que es hacer “arca”? Hacíamos “arca” unos barrios contra los otros [...] Y era ¡pues eso! entre barrios [...] Hacer “arca” concretamente era tirarse piedras unos a los otros, la expresión “hacer arca” era tirarse piedras [...] ¡Yo qué sé!, pues todo lo que te puedes imaginar de un niño para hacerle daño a otro. [...] Eran peleas entre grupitos de chicos, de niños. Las niñas no venían. Eran niños de diferentes barrios de aquí del pueblo [...] Además, era eso, de que por ejemplo tú peleabas, cuando dos cuadrillas estaban enfrentadas una cuadrilla no podía entrar en el territorio de la otra y entonces tú hacías como una aduana en la calle principal para entrar al barrio, tú hacías allí como una aduana, hacías de guardia, esperando a que viniera uno del barrio contrario a decirle “¡Tú! ¡Para! ¿Dónde vas?”. Hacíamos de policías. [...] Había días que fueron a abrirle con una pedrada a uno la cabeza, cejas partidas, narices chorrando sangre, había días que se encarnizaban [...] Mi cuadrilla era de los duros del pueblo [...] y ahí donde está que pasa el barranco, ¡hacíamos unas batallas!, pero tremendas no, ¡tremendas!, quiero decir de..., lo que pasa que esto después al grupo lo cohesionaba mucho, al grupo lo cohesionaba mucho, ¿sabes? porque tú peleas contra el otro, ganes o pierdas después vuelves, ¿no?, te rehaces, te curas las heridas [...] crea afinidades, que después de los años, ¡mira si han pasado años!, pues todavía encuentras a alguien y lo recuerdas. (Pequeño empresario, agricultor, 59 años)

Como se puede apreciar en los siguientes relatos “fer arca” era y prácticamente ha sido hasta nuestros días una actividad propia de la infancia y primera adolescencia masculina en estas comarcas valencianas. Si bien es cierto que con modificaciones “técnicas” y perdiéndose la propia expresión, que sólo la usan los más mayores:

Ehh, sí, a ver, te cuento. Eso vino con, cuando fuimos un poco más mayores [...] eso ya vino un poco más tarde cuando ya empezamos a salir solos de casa, no sé por qué, pero las típicas historias de los pueblos [...] bueno, a ostias todo el día, a pedradas, a pedrada limpia. Pero digamos que no era entre nosotros sino con la gente del pueblo, que luego, curiosamente con el paso de los años llegamos a ser íntimos amigos [...] los que nos habían estado tirando piedras hacía dos años, nos llamaron porque querían que entráramos dentro de su peña, estar con ellos en verano y tal. Y aquello fue un antes y un después. (Ingeniero Industrial, 39 años)

Eso era un poco más en los pueblos, allí en (nombre Ciudad costera sur provincia Valencia) eso sí que existía [...] “hacer arca” era liarse a pedradas. Y a veces pasabas por allí, nosotros pasábamos por allí porque a veces íbamos a una caseta de campo que tenía un tío mío que íbamos los veranos, y cuando pasabas por (pueblo pequeño de la zona) siempre te salían dos o tres brutos, “Eh, ¿fem arca?” “Fer arca” era eso liarse a pedradas. Hasta que salía uno llorando o con un chichón o una cosa así. Vamos a mí ese juego no me gustaba... (Jubilado, empleado banca, 72 años)

Sí, naranjas sí. Sí que hemos hecho. Tirarnos naranjas, alguna vez piedras, pero yo creo que sin tirar a dar, desde muy lejos. Y recuerdo un día, o sea, comprarnos cohetes de estos “xiulaors”, y uno con un tubo de estos de cartón, ponerlos, hacer así tipo lanza-granadas y en la otra parte, o sea, estábamos en un barranco y en la otra parte del barranco nos tirábamos los cohetes estos. (Socorrista, monitor natación, 30 años)

Dejando ya esta especie de recreación bélica infantil que se recuperará posteriormente, en el párrafo presentado a continuación se puede leer una descripción gráfica de un ambiente escolar de la ciudad, donde uno de

nuestros entrevistados cuenta algunos de sus recuerdos sobre cómo ocupaban el tiempo libre los niños en aquel centro educativo:

Yo recuerdo jugar mucho a las canicas, por ejemplo, en el cole. Un montón. A la araña, aquel colegio era inmenso, había seis aulas por curso, o sea, aquello era la jungla de cristal. Entonces en los edificios grandes que había jugabas a pillar y si te pillaban pues te colocaban como así, como la araña, entonces el que pasaba no te podía tocar, si te tocaba se quedaba pegado [...] Yo ese juego lo recuerdo pasártelo pipa porque era como descargar energía básicamente. [...] Luego también jugábamos cuando nos llevamos los dardos o las estrellas ninja pues, a escondida. También hemos jugado alguna vez a dardos en clase. [...] ¿A qué más? Pues cogíamos pan o del bocata o carne del comedor y los poníamos en unos agujeros que salían unas ratas así de grandes (lo indica con las manos) y intentabas darle a la rata con la piedra. Nunca matamos ninguna, eran muy difíciles. Pero te pasabas así el patio intentando machacarle la cabeza. Yo creo que si lo hubiese conseguido no lo hubiese hecho nunca más porque las sensaciones esas son muy malas pero era como que, bueno... [...] Luego pues a fútbol también he jugao, a baloncesto, yo me metí en el equipo de baloncesto allí. (Educador social, 38 años)

Otro de los informantes relata algunos de sus recuerdos de niñez, donde destacan la calle, el grupo de iguales y el fútbol:

Entonces aquello pues era una jungla. (Ríe) allí pues eso, no era lo separao que está todo aquí ahora de edades y tal, no, no allí era una mezcla de con los más mayores y sólo podías pos eso, sobrevivir muchas veces dentro de lo que es la infancia. [...] y eso, nos mezclábamos allí un montón de pueblos, de chavales, de edades y pues sí, pero los juegos normales de entonces, ¿no?, sin tecnología y demás [...] ¡Sí, sí claro!, los juegos normales de correr, de pillar, de tal, no. Juegos básicos. [...] ¡Sí, sí, claro! el juego en la calle todo el día. Fuera del colegio cuando estábamos en el pueblo pues a jugar, nos juntábamos todos los amigotes y a jugar, cinco, seis, siete amigotes no te creas que un grupo de más. Pocos. También de varias edades. [...] Juguetes pocos, pocos juguetes. Y en reyes, de un año para otro los mismos juguetes. Porque no usábamos mucho,



cochecitos ni historias ¿sabes? [...] Mucho juego de calle y de amigos. Es que era, cuando no estabas estudiando, haciendo los deberes estabas en la calle, en la calle total, o sea no... sin mucho peligro de, de, ¡hombre los peligros normales!, pero ni coches, ni tráfico, nada, nada, nada. Un pueblo pequeño. (Empleado armería, 35 años)

Este joven entrevistado de treinta años, por su parte, narra recuerdos del fútbol (club municipal) pero también de otros espacios recurrentes para la masculinidad como se está pudiendo comprobar; espacios caracterizados por el riesgo y que demandan autosuficiencia o cierto espíritu aventurero:

Ehh, empecé muy pequeño, en benjamines, no sé, la edad mínima, no recuerdo, supongo que tendríamos cinco años o así. ¿Por qué empecé? pues porque me gustaba el fútbol, iba con mi padre mucho a ver al Barça, y para hacer algún deporte. [...] Y el fútbol, pues estuve, yo creo que seis o siete años seguro que estaría, hasta allá, sobre once o doce años seguro que estaría. [...] Al poco de tiempo de estar jugando a fútbol me hacía muchos esguinces en el tobillo, hasta el día que debido a un esguince tuve un problema en el hueso y me tuve que dejar el fútbol también. Esto a los doce años o una cosa así. [...] Me hubiera gustado continuar, me gustaba bastante jugar a fútbol. No era demasiado bueno tampoco pero me gustaba. He ido, a ver, pues esto, cuando ya te vas haciendo adolescente, en los inicios de la adolescencia, no, yendo en bici todavía pues empiezas a salir un poco del pueblo por tu cuenta con tus amigos y empiezas a descubrir, acequias, la Acequia Real que pasa por aquí cerca, el canal que es una zona bastante peligrosa, bueno peligrosa tampoco [...] Sí, ahí hay bastante de peligro. Los padres no lo tienen demasiado bien visto que vayamos ahí. Siempre íbamos sin decirlo, a alguna balsa por ahí por los campos y eso desde los doce años hasta los dieciséis o diecisiete siempre, tres, cuatro, cinco, seis, siete veces en un verano acababas nadando en algún lugar de estos prohibidos por los padres. Siempre cuando íbamos a la Acequia Real, cosas así que hacíamos por allí: pues coger melones del campo, abrirlos y comérmolos para merendar, que había por ahí, robados mayoritariamente y después nadando allí en las acequias, siempre con el temor ese de que pasara algo ¿no?, pero siempre acabábamos en estos sitios, cosa de chavales para

descubrir lugares.[...] A la azud de Antella pero allí ya más con el coche... [...] (Socorrista, monitor natación, 30 años)

En las líneas siguientes vemos lo que ocurre cuando se cuestiona sobre la composición por sexo de los grupos de infancia y adolescencia; se introduce el relato sobre la bicicleta, vinculándola con esas primeras “pulsiones” de velocidad:

Sólo chicos. Era un grupo de, un grupo de, pues un chaval, o un par de chavalitos de clase y empezamos a juntarnos con alguna gente de la otra parte del pueblo [...] La bici en esa época era parte de mí [...] ¡Sí, sí, sí!, el día que no agarraba la bici me deprimía. Era algo mucho, era, las primeras experiencias en la velocidad como si dijéramos, entonces, me encantaba la bici, me encantaba, me encantaba hacer carreras por ahí por los parques, me encantaba ir a un pequeño campo de cross que había y una pasión con la bici increíble. [...] Teníamos bicis muy malillas pero los primeros arreglos ahí, nos creíamos que éramos mecánicos, (ríe), sí, empiezo ahí, comenzamos a aprender un poco de mecánica [...] Era un poco, las ganas que tenías de tener moto las matabas un poco con la bici. [...] Que yo me acuerde a hacer carreras con las bicis sobre todo. Había un parque que resbalaba un poco la rueda, entonces nosotros hacíamos ahí “culear” la bici y hacíamos por allí carreras. (Socorrista, monitor natación, 30 años)

Finalmente, este último entrevistado, sigue en la misma línea que el anterior. En primer lugar, habla de fútbol en el salón de casa. En los puntos sucesivos, juguetes, “arca” y otras travesuras con el grupo de iguales:

Jugar, jugábamos aquí (se refiere al salón de casa), lo que recuerdo es que siempre jugábamos aquí a fútbol. Los tres hermanos. Siempre jugábamos aquí a fútbol y cada dos por tres venía mi madre a ver qué habíamos roto. [...] Yo pues tenía GI Joes, tenía bastantes de GI Joes, sí. Y me los cuidaba y jugaba con ellos así a guerras, me montaba mis películas que se dice. Y Legos, Legos me gustaban mucho, tenía muchos también... [...] eran de construir barcos, aviones. Me gustaba todo, todo tipo de Lego. [...] Eran los amigos de la (nombre del colegio privado). Los (nombre que denominaba a los que iban a ese colegio), que siempre nos han

dicho. [...] Estudiante, flojo. He sido flojito, siempre mi madre me ha ayudado bastante [...] Era muy grande (el colegio) para jugar y todo [...] allí pues jugábamos a fútbol, a béisbol, béisbol con la mano, con una pelota de frontón con la mano, a las trompes (peonzas), hacíamos barcos con las cortezas de los pinos y jugábamos a ver quién ganaba en las acequias porque había acequias. Agarramos bichos y los cocinábamos los machacábamos y todo... ranas, como se llama esto, la mantis religiosa que había mucho por allí y huevecitos de nidos también cogíamos muchos [...] Nosotros nos cogíamos cuando éramos jovencitos, nos cogíamos a lo mejor lo que es un bancal de un campo y otro bancal, unos estaban arriba y los otro bajo, pues cogías y decías, “¡jale! ¡guerra de naranjas!” nos poníamos medio grupo a un lado medio grupo al otro y el campo lo hacíamos “txas”, todas las naranjas por el suelo. Y después a lo mejor cogía y entrabas y cogías sulfumant en plata y una botella de coca-cola y lo mezclabas y hacías tipo una bomba. Esto explotaba. Pues así, [...] reventar bombillas. Un día en las fiestas de (nombre del pueblo), todas las bombillas las reventamos. Siempre estábamos haciendo travesuras. (Soldador, 35 años)

Tras ver, en palabras de los entrevistados, algunas de las cuestiones recurrentes de sus primeros años de vida, se puede apreciar, aún con posibles matices generacionales o incluso de hábitat, cómo en muchos de los relatos masculinos el grupo de iguales emerge como espacio de referencia en esas edades tempranas de la infancia y la primera adolescencia. Este grupo, facilita y construye espacios tan reales como simbólicos donde los chicos van a desarrollar, producir, reproducir y potenciar, diferentes valores o capacidades que les permitirán integrarse en el colectivo (reconocimiento e identidad) y competir desde cierta camaradería y confraternidad masculina con los otros (endogrupo-exogrupo). Se puede comprobar en las palabras de los investigados cómo sus socializaciones han sido básicamente diferenciales (respecto a las chicas), públicas (es decir, en las calles), competitivas y caracterizadas por la asunción de riesgos y el desarrollo de la fuerza y la agresividad o ciertas dosis de ingenio o creatividad.

Estas características propias de la socialización de los aspirantes a “hombres verdaderos” en una sociedad machista como la nuestra, se

vislumbran con facilidad tanto en el tipo de actividades que desarrollan como en los espacios donde éstas son llevadas a cabo. También en la particular repulsividad (no necesariamente consciente) frente a las mujeres, más allá, de que especialmente en espacios semi-domésticos, puedan aparecer algunas niñas de la familia o el entorno más cercano, o incluso que algunas niñas empiecen desde bien jóvenes a incorporar y reproducir códigos masculinos. En este punto, destaca la reflexión que ofrece Ana Agirre Sáez donde literalmente señala: “está bien visto que las chicas sean como chicos sin pasarse mucho” (2011, p.186).

En relación con las pretensiones de este artículo se pueden advertir en primer lugar, claras coincidencias con lo que se verá desarrollado en el análisis etnográfico; fútbol y riesgo; en segundo lugar, recurrencias discursivas en los recuerdos explicitados en las entrevistas biográficas (el espacio público: la calle), la competencia y el éxito frente a los iguales, del mismo modo que la asunción de riesgos y la recreación de espacios bélicos en forma ritualizada a través del “arca”, o incluso el recurso a la violencia y la dominación como manifestación de su deseo de supeditarse a la naturaleza.

Como se observa con claridad ninguna de las vivencias recordadas estaba relacionada con nada mínimamente asociados a la feminidad. De alguna manera los niños parecen conscientes de esas divisiones simbólicas que les reclaman como protagonistas; los hombres deben estar en la calle, aunque eso con el factor tecnológico pueda estar empezando a cambiar. Pero prácticamente nunca estos chicos mencionan, o en su defecto, profundizan, en el recuerdo de jugar en el ámbito doméstico con su hermana, su prima o su vecina, por poner un ejemplo. O quizás con otros chicos, lo que sería todavía más difícilmente aceptable desde la cultura hegemónica, por lo que se deduce que a los chicos no les era propio y/o no lo recuerdan o quieren manifestar el hecho de jugar con chicas. Porque, probablemente de alguna manera son conscientes que parte de su identidad de género depende de haber renunciado a una supuesta feminidad cuidadora, maternal o preocupada por el culto a la belleza, etc. Es difícil, por tanto, precisar hasta qué punto se omite este punto por vergüenza y como parte de la identidad masculina o si en la realidad prácticamente nunca llegaron a desarrollar juegos que rompieran con los tabúes de la masculinidad tradicional. A lo largo de la investigación se ha podido acceder a discursos donde se ven claras sanciones por parte de progenitores

que evidentemente recalcan la no adecuación de jugar o más bien, hacer aquello considerado socialmente femenino, sobre todo, las tareas domésticas o de crianza y cuidado de las personas. No hay que olvidar, la potencia socializadora y generadora de prácticas de la diferencia de género que tienen las familias.

En cualquier caso, lo cierto es que como mínimo mediante el discurso se relata a lo que dedicaban su tiempo desde una visión subjetiva y a través de sus memorias y sus silencios a lo que no lo dedicaban o no pueden contar, y sea por una cuestión o por la otra tan significativa es la omisión, negación, o vergüenza, como el propio hecho de que no lo hicieran, puesto que la lógica que subyace siempre responde al mismo principio consistente en definir y preservar la precaria identidad masculina como negación (Badinter, 1993; Kimmel, 1997), como rechazo de aquello prescriptivamente femenino.

### **La Estructura de una Práctica Ritual**

En este punto se profundiza sobre una práctica concreta observada en dos momentos y espacios separados geográficamente pero unidos en lo ritual y lo simbólico. Siguiendo el camino señalado por el propio transcurso de la investigación se ha accedido a espacios caracterizados de una manera u otra por el riesgo donde los grupos de chicos adolescentes, y a veces no tanto, desarrollan unas prácticas potencialmente constructoras y reproductoras de un modelo de masculinidad tradicional asociado al riesgo.

A falta de ritos de paso institucionalizados de masculinidad en nuestra sociedad, los chicos valencianos construyen a partir de su percepción sobre su posición en la estructura social de género, una serie de comportamientos en cierta manera ritualizados<sup>4</sup> que les permiten (de)mostrar públicamente su hombría.

A partir de dos jornadas concretas de lo que se podría caracterizar como una observación de carácter etnográfico, directa, externa y sistemática (Téllez, 2007, p.159-176) se desarrolla a continuación la interpretación de lo que se puede definir como la “estructura de una práctica”, dado su carácter aparentemente recurrente y ritual y que también se han podido corroborar a través de las entrevistas biográficas.

Los chicos valencianos no tienen un Tamberan<sup>5</sup> (Mead, 2006, p.72-73), tampoco una iniciación ritual como la descrita por Roger Caillois en el Alto

Volta (1986, p.312-314). Ni siquiera tienen ya el servicio militar obligatorio (la “mili”) o algún sucedáneo<sup>6</sup> articulado por el estado. Sin embargo, sí parece existir esta especie de pulsión (Engler, 1998, p.42) consecuencia directa de su habitus (Bourdieu, 1991) que les empuja a buscar de manera, en parte inconsciente, espacios donde recrear esa masculinidad de la que son herederos y necesarios reproductores para el mantenimiento del status quo de dominación masculina. A los chicos se les enseña a ser casi y exclusivamente hombres, por lo que la masculinidad funciona como un refugio identitario (Guasch, 2003) en un escenario de ruptura con las identidades sólidas del periodo fordista y caracterizado por la incertidumbre (Bauman, 2006).

Se han realizado dos estudios de caso en dos espacios fluviales valencianos. El primero de ellos se centra en un espacio natural de pequeñas lagunas de agua fría dentro de una zona montañosa; el segundo, en una estructura hidráulica, una azud, donde las aguas del río se dividen para dar nacimiento a una importante acequia generando una especie de pequeña presa. En ambos espacios existe la posibilidad, o más bien, se crea la posibilidad por parte de algunas personas, de desarrollar actividades lúdicas de riesgo, fundamentalmente saltar desde lo alto de una roca o de un muro. Más allá de otros elementos observados, el siguiente análisis se centra precisamente en esta estructura de una práctica recurrente. No es quizás el conocido salto de los Vanatu (Thomassen y Balle, 2012) pero en cierta medida existen reminiscencias que podrían permitir establecer paralelismos entre ambas prácticas.

En los dos casos valencianos observados la estructura de la práctica es similar, aunque como se señalará en los análisis no parece existir esa homogeneidad exclusiva masculina en la conformación de los grupos lo que podría estar empezando a indicar algunos cambios significativos. Básicamente se trata de chicos adolescentes (entre los catorce y dieciséis años aproximadamente) que saltan desde una roca o un muro de considerable altura a una laguna o río, frente a la mirada atenta o bien del grupo de iguales o bien de chicas adolescentes, potenciales objetos de deseo para algunos de estos jóvenes.

La descripción básica de esta especie de ritual<sup>7</sup> inventado por los adolescentes para asumir conductas de riesgo inherentes a su pulsión de masculinidad, se basa en pequeños grupos de chicos<sup>8</sup> que escalan de una u otra manera hasta cierta altura para lanzarse al agua y así públicamente

demostrar su valentía, su capacidad para asumir riesgos, aunque sean innecesarios, para que su grupo de iguales legitime su derecho de reconocimiento y pertenencia y para que, en su caso, las chicas adolescentes que presencian la performance puedan confirmar que él también es un hombre de verdad digno de su atención y potencial objeto de deseo.

A pesar de todo, la prueba ritual parece funcionar más por sanción negativa. Es decir, se pierde más por no saltar, que se obtienen “beneficios” por hacerlo. Saltar es lo que se espera de los chicos, de los hombres, que demuestran su valor, sus habilidades, su valentía, como símbolo de capacidad para hacer frente a los designios de la vida, ser un buen protector, un buen proveedor, un buen progenitor (Gilmore, 1994). Con el salto se supera una prueba puntual que de no hacerlo pondría en duda la masculinidad del sujeto frente a sus iguales y frente a las chicas, excluyéndole, aunque sea momentáneamente y sólo en ese contexto específico de la adolescencia, de la categoría de hombre.

Saltar implica la satisfacción de una prueba superada, de la posterior celebración ritual, el análisis de la jugada con los compañeros que ya están en la fase de “retorno”. El júbilo, el compadreo y la camaradería de aquéllos que cumplen. El acceso a la fraternidad. Allí arriba, sin embargo, todavía está él, en la fase liminal, separado del mundo cotidiano, en supuesta condición de igualdad con sus compañeros, pero a falta del valor de saltar. Saltar implicará el reconocimiento, un carné provisional de masculinidad, nunca alcanzable definitivamente, siempre pendiente de demostrar. Pero no saltar implica el no reconocimiento, la no pertenencia, ser el motivo de broma y mofas entre compañeros, pero quizás también y peor, la vergüenza frente aquellas chicas observantes desde el otro lado. Por eso se profieren gritos, más que de ánimo, de reprimenda, recordando lo que se “es” por no saltar y las consecuencias de no hacerlo.

Para el que salta, el valiente, el primero, el que compite y gana hay un premio adicional. En este caso de otra manera menos explícita que en ciertos ritos de masculinidad estudiados por la Antropología y probablemente mediatizado por una forma de construir los objetos de deseo basadas en el amor romántico que revaloriza las actitudes propias de un comportamiento heroico, reminiscencia de un pasado que ya no existe pero que se recrea. Es el reconocimiento por parte de las chicas. El reposo del

guerrero y la princesa que espera en el castillo. En esta ocasión, al otro lado de la laguna o el río observando desde la distancia.

El que sigue allá arriba no se enfrenta ni a sí mismo ni a sus miedos. Se enfrenta a la presión social, a la cultura interiorizada y a sus disposiciones a la acción. Será muy probable que acabe saltando. No salta él, salta su instinto social, esa segunda naturaleza hecha cuerpo. No hacerlo supone pagar un precio demasiado alto, como se ha podido comprobar en nuestro estudio.

### **Escuela de Masculinidad: El Fútbol Base**

El fútbol lo impregna todo. Lo impregna tanto que ya se ha vuelto transparente, imperceptible. Los adolescentes juegan en el patio, en la calle o en algún club de fútbol base, en su defecto en el salón de casa al FIFA, hablan sobre fichajes, goles y polémicas en el instituto, sobre todo porque sus ídolos son futbolistas<sup>9</sup>, ven el partido en casa o en el bar con los amigos. Pero el fútbol también se transmite socialmente a través de los medios de comunicación, potentísimo articulador de valores culturales. El fútbol forma parte de la vida de muchos chicos y este deporte es una auténtica escuela de masculinidad (Del Campo, 2003; Martín Cabello y García Manso, 2011, p.88; Subirats, 2015, p.113).

Aunque el fútbol merece un tratamiento específico y diferenciado mucho más extenso, se considera necesario poner sintéticamente de manifiesto en este artículo las lógicas que guían esta actividad deportiva convertida en práctica y a la vez ritual de masculinidad. En las siguientes líneas se presentan las interpretaciones dadas a las observaciones realizadas en estos espacios del fútbol base, concretamente desarrolladas en la ciudad de Valencia.

Si buscamos algún espacio creador/reproductor de masculinidad que de alguna manera esté institucionalizado y pueda cumplir esa función sustitutoria de ritos como la “mili”, ese espacio, al menos en este contexto cultural podría ser el fútbol base donde los chicos interiorizan valores y desarrollan capacidades propias de una masculinidad en incipiente proceso de obsolescencia: fuerza, competitividad, agresividad, violencia, siempre desde la perspectiva de cómo esto va a facilitarles el reconocimiento de la identidad. Cabe recordar que este modelo de identidad masculina se define, aparte de lo ya mencionado, por una complicidad masculina que resulta



repulsiva para las mujeres y que es por tanto potenciadora de diferencia. Mi compañero, mi amigo, quien sufre y lucha por mí, por un objetivo común en la “batalla”.

Los campos de fútbol base, donde juegan niños desde muy pequeños (en uno de los partidos observados los chicos tenían 6 años) hasta finales de la adolescencia emergen como lugares centrales para la observación de prácticas de masculinidad. En estos espacios se desarrollan “performances” con cierta reminiscencia de ritualidad; nosotros-ellos, pero prácticamente siempre desde la homosocialidad. Las aficiones, locales y visitantes están compuestas por padres y algunas madres, pero con ciertas particularidades que parecen responder a las lógicas del género: cuando más mayores los chavales, menos madres hay entre el público. Se vislumbran fundamentalmente padres entre los cuarenta y cincuenta años más o menos y algunos hombres mayores que parecen no tener ninguna relación de parentesco con los chavales, pero que parece no desentonan con el ambiente. Entre estos, suelen destacar algunos pocos quienes optan, a modo de segundo entrenador, por dirigir desde la línea de cal o detrás de una portería a los jóvenes que están en el césped.

Tanto estos últimos como los propios entrenadores, o los mismos compañeros desde el banquillo, gritan, exigen, recriminan, aunque también reconocen, aplauden y animan a los suyos. La experiencia que produce en los sentidos cualquier mañana de observación de partidos de fútbol base, en este caso en València, es desde una posición étic fascinante. Niños, adolescentes y jóvenes, casi siempre exclusivamente varones, predispuestos a batirse en duelo con su grupo frente a esos otros que luchan por lo mismo en un locus que finalmente les confiere la legitimidad del reconocimiento de la hombría requerida socialmente.

Más allá de actitudes particulares de ciertos individuos y que son la máxima expresión de una masculinidad aparentemente proyectada, el paisaje que presenta un pequeño campo de fútbol base representa el reconocimiento social de los valores asociados a una masculinidad anacrónica. El fútbol, no sólo como deporte, sino en toda su extensión, tiende a reproducir lógicas vinculadas con una forma de entender la masculinidad que empieza a resquebrajarse porque parece dejar de ser funcional a las dinámicas propias del siglo XXI y al cambio que se está dando en las relaciones entre los géneros.

Estos lugares emergen como espacios de sociabilidad con los roles sexuales fuertemente marcados: los varones están en tanto que hombres, las mujeres en tanto que madres. Mujeres y hombres de diferentes extracciones sociales se juntan, pese a que esta práctica deportiva y social parece tener una composición de clase y étnica concreta, ya que difícilmente se encontraban entre jugadores y afición personas de origen aparentemente extranjero. De esta manera, este espacio de la sociabilidad propia de las clases que ocupan posiciones intermedias en la estructura social aparece como el lugar donde se ensalza lo viril. Se podría decir que es la misa del domingo<sup>10</sup> hecha césped, sudor y rudeza. Representa al grupo, a la comunidad y potencia el sentimiento de pertinencia del que mucha gente está huérfana en esta sociedad líquida, caracterizada por vacíos existenciales, e incertidumbres perpetuas. Así pues, el fútbol tiene un componente social que facilita la cohesión de las comunidades, que siguiendo las lógicas del sociólogo francés Emile Durkheim (1997) parece tener una significación socioantropológica e incluso una funcionalidad social. No es el fútbol la nueva religión, sino los valores que éste reproduce que son los que se sacralizan, aunque no se sea consciente, es decir, vamos a la misa del partido a celebrar la masculinidad, que así se convierte en algo sagrado, algo místico en la belleza hechizadora e hipnótica de la “performance” ritual.

### **Conclusiones**

Tras el trabajo empírico realizado y su posterior análisis, se procede a continuación a presentar una serie de conclusiones.

La identidad (o identidades) masculina, suele ser fantasmagórica no en el sentido del psicoanálisis que menciona Antonio Agustín García en su tesis doctoral aludiendo al concepto de fantasma (2009, p.81) sino más bien en el sentido de la dificultad que entraña perseguirla, intentar atraparla, a pesar de intuir su presencia. Sin embargo, ésta(s) existe, sin duda, aunque sea de manera abstracta, casi metafísica, como aquella conciencia colectiva durkheimiana<sup>11</sup> que se impone sobre los individuos, autómatas con programación social. Siguiendo a Simmel en su tragedia cultural (Ramos, 2000, p.51) cabría decir que “cuando la cultura extraña a su origen y su fin, se revuelve contra sí misma”. Esa especie de magia social que emana de la sociedad y que invisibiliza, hace desconocer el proceso por el cual esta

misma comunidad humana que produce un tipo de masculinidad es incapaz de determinar concretamente este proceso, de reconocerlo, desde las conciencias y discursos individuales pero también sociales y acaba sufriendo las contradicciones en la compleja relación entre la cultura objetiva y subjetiva.

Si algo pretende destacar este artículo es precisamente esa vocación pública de ocupación libre y expansiva del espacio de los hombres que está en consonancia con esas primeras manifestaciones que muestran Marina Subirats y Amparo Tomé (2010) en la forma en que chicos y chicas ocupan el patio en los colegios. Estas actitudes y comportamientos masculinos son consecuencia directa de una socialización muy determinada en un sistema sociocultural concreto, como se ha podido corroborar en sus prácticas de infancia y que tiene como ejemplo paradigmático el fútbol en sus diferentes modalidades, pero que siempre implican una apropiación extensiva de un espacio, espacio que han aprendido que les es propio: la calle y la plaza, la pista deportiva, el patio, etc. Sin embargo, esta práctica de juego deportivo, pasa ya casi inadvertida, puesto que parece entrar en la lógica de la normalidad y por tanto deviene invisible. En este sentido, se puede considerar al fútbol probablemente como el mayor espacio constructor junto con la familia de masculinidad tradicional en la actualidad, lo que sin duda merece de un análisis más profundo y detallado que el mostrado en este texto.

Parece igualmente relevante para una adecuada comprensión de las masculinidades la existencia y creación de prácticas, puesto que no hay ritos de paso de masculinidad institucionalizados, por las que los chicos tratan de demostrar su hombría frente a iguales y frente a las chicas. Aunque este texto se ha detenido concretamente en la estructura de una práctica ritual vinculada con una especie de saltos de riesgo en su parte etnográfica (práctica que se repite en diferentes formatos, pero con la misma esencia a lo largo de pueblos y comarcas valencianas) existen del mismo modo otros escenarios parecidos y también en cierta manera ritualizados entre las prácticas de masculinidad de los chicos valencianos. Lo que suscita mayor interés es esa necesidad impuesta por las condiciones materiales y simbólicas de existencia de los chicos en este momento y espacio concreto; las comunidades no ofrecen ese espacio ritual claro y formal para reconocer la masculinidad, aunque se empiecen a entender algunos de esta manera. Sin embargo, ante la ausencia de marcadores

cronobiológicos como los que tienen las mujeres, existe una enorme presión social para mostrar esa masculinidad, especialmente a partir de los últimos años de infancia y primera adolescencia. Y estas prácticas, lógicamente, se vinculan con esos espacios, valores y capacidades que a los niños ya les resultan familiares de sus primeras socializaciones, puesto que difícilmente podría ser de otra manera. No existe un rito de paso definitivo que cambie el estatus del niño sino más bien una serie de espacios ritualizados, muchos de ellos contruidos “ad hoc”, que permiten a los chicos convertirse en hombres, como mínimo a ojos de sus iguales, aunque como se señala, nunca de manera definitiva. Son prácticas seriadas, con principios de ritualización y de cierta estructuración, similares en determinados momentos a las características de la *communitas* de Víctor Turner (1974) en muchos de sus aspectos<sup>12</sup>, pero son producidas sin mentores en la mayor parte de los casos, generadas por los mismos chicos a través de imitación, reproducción o adaptación de prácticas previas de los que les precedieron en esta especie de tránsito. Por tanto, parece legítimo plantearse algunas cuestiones, dada una realidad concreta observada: ¿necesita nuestra sociedad de alguna forma en la que (de)mostrar en un espacio sagrado, solemne y reconocido institucionalmente la masculinidad?, o ¿valen esos juegos con características de lo ritual que los chicos desarrollan, casi inventan, en función de sus condiciones materiales para ponerse a prueba y buscar el reconocimiento de los iguales y de lo social? En definitiva, la pregunta que deriva es: ¿por qué todavía necesitamos seguir demostrando que somos hombres es un escenario de ruptura con identidades obsoletas y de apertura hacia espacios fluidos en la identidad de género?

Mención especial merece sin duda el análisis de lo que se ha denominado “arca”. Un espacio bélico “stricto sensu”, donde los niños o adolescentes valencianos se enfrentan unos con otros haciendo uso de aquello que tienen a su disposición y que en los casos analizados tienen mucho que ver con las particularidades identitarias de los valencianos; más allá de piedras, las naranjas y los cohetes. La adaptación de una práctica de masculinidad reminiscencia de lo guerrero a las condiciones materiales de existencia de los grupos masculinos de chicos valencianos.

Cualquier espacio es plausible de convertirse en campo de batalla. Desde los campos de naranjas, hasta las calles, o un descampado. Como se menciona, cualquier objeto al alcance puede convertirse en arma. Ya solo falta externalizar esa pulsión de masculinidad “guerrera”. Se buscará a los

“otros”, o se dividirá el “nosotros” para crear un los “otros”, lo que de una manera u otra siempre implica camaradería, ciertos principios de nobleza u honor. Se invocará al “arca”, aunque algunos ya ni siquiera la mencionen. Y entonces empieza una batalla de consecuencias imprevisibles, pero que como hemos visto genera solidaridades y refuerza las identidades grupales. Nada parece baladí. Entre otras cosas, porque si miramos a la otra parte, las chicas, no suelen estar presentes ni en los espacios (a no ser, como meras espectadoras) ni en el desarrollo de las prácticas, lo que evidentemente supone que la construcción sociocultural de las identidades de género de los chicos y las chicas valencianas en las últimas décadas, a pesar de los cambios, continúa siendo profundamente diferencial, es decir, patriarcal y sexista.

Si bien es cierto, que pese a lo señalado en este último párrafo, se puede empezar a observar tanto a través de datos cuantitativos, como de las observaciones o los discursos, cómo las mujeres parecen emerger cada vez más en espacios considerados masculinos. Quizás todavía existan en el fútbol muchas reticencias, tanto en el que se juega en la calle, como en el institucionalizado en clubs, aunque ya existan algunos clubes femeninos. Pero en otros espacios del riesgo, o incluso en el aprendizaje a través de la imitación y el juego, vemos cómo cada vez más niñas participan de espacios tradicionalmente exclusivos masculinos y expulsivos para la feminidad. En esta línea, parece existir por parte de las chicas una adopción de códigos de funcionamiento masculinos, como vemos por ejemplo en el mundo adulto del trabajo, los negocios, etc., puesto que las actividades “masculinas” han estado y siguen estando más reconocidas socialmente, prestigiadas y por tanto en escenarios sociales competitivos potenciados por el sistema económico vigente, estos son casi códigos de supervivencia que muchas mujeres necesitan interiorizar y reproducir.

Sin embargo, no se considera que las motivaciones, para, por ejemplo saltar al río de lo alto del muro sean las mismas en chicos que en chicas, puesto que para unos es una motivación de necesidad por exigida, manifestación de su masculinidad, y para las otras las motivaciones son diferentes y diversas, pero por supuesto no son una exigencia social a la feminidad, como demuestra el simple hecho que a pesar de esta “invasión” de los espacios masculinos por parte de algunas chicas, la composición de estos espacios continua siendo preponderantemente masculina y esté totalmente caracterizada por sus códigos.

En conclusión, con el trabajo de campo desarrollado y el análisis y la interpretación dada a las informaciones de diferente carácter obtenidas, se considera que para el ámbito territorial del estudio han quedado corroboradas prácticas de riesgo y espacios cargados de connotaciones simbólicas y con principios de ritualización, que reproducen los chicos en su infancia y adolescencia como resultado de una demanda social y frente a la ausencia de espacios institucionalizados o marcadores cronobiológicos que les permitan demostrar su masculinidad.

Además existe un espacio o práctica productora que por aparecer en los discursos y de manera ampliamente significativa en otros datos cuantitativos obtenidos en el discurrir de la investigación, nos conduce a pensar en el fútbol (en sus diferentes modalidades) como uno de los principales productores de masculinidad tradicional en la sociedad valenciana actual<sup>13</sup>. No solamente ya desde el punto de vista de la práctica deportiva, sino también desde la creación de referentes (ídolos) que por poner unos pocos ejemplos, corresponden en palabras de los entrevistados a futbolistas, como Cruyff, Kempes, o Koeman.

## Notas

- <sup>1</sup> Podemos considerar las entrevistas biográficas como una técnica similar a los relatos o historias de vida, pero que no pretende recuperar un discurso completo sobre la vida del sujeto, a modo de una biografía, sino más bien, facilitar información que dibuje el contexto sociohistórico donde los hombres construyen su identidad de género con sus prácticas concretas, comparando entre los discursos de los diferentes entrevistados que responden a perfiles sociales diversos: capital educativo, hábitat, generación, ámbitos profesionales, etc.
- <sup>2</sup> El ámbito territorial donde se desarrolla la investigación se centra fundamentalmente en las comarcas orientales de la provincia de Valencia.
- <sup>3</sup> Sobre este concepto es de obligada lectura el capítulo: “Quant “fer harca” és, probablement, “fer arca”, (Aparisi, Baydal y Esquilache, 2014).
- <sup>4</sup> La utilización en este caso del concepto “comportamiento ritualizado” procede de la descripción que hace Henk Driessen en su análisis de los rituales de masculinidad andaluces. (1991, p.713)
- <sup>5</sup> Patrono “sobrenatural” de los hombres adultos de la tribu de los Arapesh, protagonista en la iniciación de los jóvenes del grupo.
- <sup>6</sup> Aunque se pudiera empezar a pensar por ejemplo en instituciones como los clubes de fútbol base.

- <sup>7</sup> Sobre el debate en torno a la consideración como tales de los “rituales contemporáneos” en sociedades “desritualizadas” es recomendable la lectura del trabajo de Martine Segalene (2014).
- <sup>8</sup> Como se verá en el análisis, en uno de los casos también chicas.
- <sup>9</sup> Esta idea se ha contrastado a través de ejercicios en talleres formativos en centros de educación secundaria.
- <sup>10</sup> Sobre fútbol y religión son interesantes algunos de los planteamientos del artículo de Roberto Cachán y Óscar Fernández (1998).
- <sup>11</sup> “The totality of beliefs and sentiments common to the average members of a society forms a determinate system with a life of its own. It can be termed the collective or common consciousness”. (Durkheim, 1997, p.38-39)
- <sup>12</sup> Sobre estas cuestiones vinculadas con la liminalidad y la *communitas* caben destacar los trabajos de Victor Turner (1974, 1991) y el artículo más actual de Thomassen y Balle (2012) donde actualizan el concepto de este autor: From liminoid to limivoid: Understanding contemporary bungee jumping from a cross-cultural perspective.
- <sup>13</sup> En este punto puede ser muy clarificador, tanto para el fútbol, como para el deporte en general, el capítulo titulado “Sport, gender and civilization” del libro de Eric Dunning (2003). En estas páginas de revisión teórica destacan ideas como: “male preserve” o “primary vehicle for the masculinity-validating experience”.

## Referencias

- Agirre Sáez, A. (2011). Retos educativos para la convivencia en igualdad. Brocar: *Cuadernos de investigación histórica*, 35, 179-193.
- Aparisi, F., Baydal, V. y Esquilache, F. (2014). *Fer Harca. Històries medievals valencianes*. València: Llibres de la Drassana.
- Badinter, E. (1993). *XY, la identidad masculina*. Madrid: Alianza.
- Bauman, Z. (2006). *Vida Líquida*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (2007). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Cachán, R. y Fernández, O. (1998). Deporte o religión: un análisis antropológico del fútbol como fenómeno religioso. *Ciencias aplicadas a la actividad física y el deporte*, 52, 10-15.
- Caillois, R. (1986). *Los juegos y los hombres. La máscara y el vértigo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Del Campo, A. (2003). Cuestión de pelotas. Hacerse hombre, hacerse el hombre en el fútbol. En J.M. Valcuende y J. Blanco (Eds.), *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades* (pp. 66-99). Madrid: Talasa Ediciones.

- Driessen, H. (1991). Sociabilidad masculina y rituales de masculinidad en la Andalucía rural. En J. Prat et. al. (Eds.), *Antropología de los pueblos de España* (pp.710-718). Madrid: Taurus.
- Dunning, E. (1999). *Sport matters. Sociological studies of sport, violence and civilization*. London: Routledge.
- Durkheim, E. (1997). *The Division of Labor in Society*. New York: The Free Press.
- Engler, B. (1998). *Introducción a las Teorías de la Personalidad*. México: McGraw Hill.
- García, A.A. (2009). *Modelos de identidad masculina: Representaciones y encarnaciones de la virilidad en España (1960-2000)*. (Tesis doctoral) Universidad Complutense de Madrid, Madrid. Recuperado de <http://eprints.ucm.es/9537/1/T31015.pdf>
- Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Paidós.
- Guasch, O. (2003). Ancianos, guerreros, efebos y afeminados: tipos ideales de masculinidad. En J.M. Valcuende y J. Blanco (Eds.), *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades* (pp. 113-124). Madrid: Talasa Ediciones.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés y J. Olavarría. (Eds.), *Masculinidades. Poder y crisis* (pp.49-62). Santiago de Chile: Isis Internacional.
- Martín Cabello, A. y García Manso, A. (2011). Construyendo la masculinidad: fútbol, violencia e identidad. *RIPS: Revista de investigaciones políticas y sociológicas*, 10(2), 73-95. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10347/8419>
- Mead, M. (2014). *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*. Barcelona: Paidós.
- Ramos Torre, R. (2000). Simmel y la tragedia de la cultura. *REIS, Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 89, 37-71. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99717889002>
- Segalen, M. (2014). *Ritos y rituales contemporáneos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Subirats, M. y Tomé, A. (2010). *Balones fuera. Reconstruir los espacios desde la coeducación*. Barcelona: Ediciones Octaedro.



- Subirats, M. (2013). *Forjar un hombre, moldear una mujer*. Barcelona: Editorial Aresta.
- Téllez, A. (2007). *La investigación antropológica*. Alicante: Editorial Club Universitario.
- Thomassen, B. y Balle, M. (2012). From liminoid to limivoid: Understanding contemporary bungee jumping from a cross-cultural perspective. *Journal of Tourism Consumption and Practice*, 4 (1), 59-93. Recuperado de <http://www.tourismconsumption.org/JTCPVOL4N01THOMASSEN/BALLE.pdf>
- Turner, V. (1974). Liminal to Liminoid, in Play, Flow, and Ritual: An Essay in Comparative Symbolology. Rice Institute Pamphlet - *Rice University Studies*, 60, (3). Recuperado de <http://hdl.handle.net/1911/63159>.
- Turner, V. (1991). *The ritual process: Structure and anti-structure*. Ithaca, New York: Cornell University Press.

**Joan Sanfélix Albelda** es investigador Doctor en la Universidad Miguel Hernández de Elche, España.

**Anastasia Téllez Infantes** es profesora titular de Antropología Social de la Universidad Miguel Hernández de Elche, España

**Contact Address:** Dirección directa ambos autores Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades, Av. de la Universidad s/n, Edif. Torreblanca, 03202 Elche (Alicante), España, email: [joansanfelix@gmail.com](mailto:joansanfelix@gmail.com)